

**CIUDADES LITERARIAS: POR UNA JERARQUÍA URBANA CUALITATIVA
HACIA UNA GEOGRAFÍA DE LA EMOCIÓN**

**CIDADES LITERÁRIAS: POR UMA HIERARQUIA URBANA QUALITATIVA
EM DIREÇÃO A UMA GEOGRAFIA DA EMOÇÃO**

**LITERARY CITIES: FOR QUALITY URBAN HIERARCHY TO GEOGRAPHY
OF EMOTION**

*Carles Carreras i Verdaguer*¹

Universitat de Barcelona, Barcelona, Espanha

Resumen: Este artículo se basa en las reflexiones sobre las relaciones entre ciudad y literatura a lo largo de las últimas centurias y a escala universal. El principal objetivo, en este caso, es tratar de una posible jerarquía urbana, a partir de la crítica a la selección de ciudades literarias que hace la UNESCO. En primer lugar se presenta el caso de Barcelona, la ciudad más estudiada por el autor, para mostrar la esencia del ser literario de una ciudad. Posteriormente se demuestra que las grandes metrópolis, París, Londres y Nueva York son las primeras ciudades literarias desde cualquier punto de vista. Pero también algunas ciudades menores alcanzan este nivel por la calidad y difusión de sus obras, como Dublín, Praga o Alejandría. Los otros niveles de la jerarquía resultan difíciles y complejos de establecer, pero se concluye que la complejidad de los puntos de vista y la profundidad de los sentimientos que inspiran la Literatura constituyen la base de la calidad que debe justificar cualquier jerarquía, más allá de las cantidades, por objetivables que sean.

Palabras-clave: Ciudad; Ciudad literaria; Literatura.

Resumo: Este artigo baseia-se em reflexões sobre a relação entre cidade e literatura ao longo dos últimos séculos e a escala universal. O objetivo principal, neste caso, é tentar uma possível hierarquia urbana a partir da crítica para a seleção das cidades literárias UNESCO. Primeiro se apresenta o caso de Barcelona, a cidade estudada pelo autor, para mostrar a essência de uma cidade literária. Em seguida, é mostrado que as grandes metrópoles, Paris, Londres e Nova Iorque, são as primeiras cidades literárias a partir de qualquer ponto de vista. Mas também algumas cidades menores podem chegar neste nível pela qualidade e difusão de seus livros, como Dublin, Praga e Alexandria. Os outros níveis da hierarquia são difíceis e complexos de configurar, mas conclui-se que a complexidade de pontos de vista e a profundidade dos sentimentos que inspiram a literatura formam a base da qualidade que deve justificar qualquer hierarquia além das quantidades, tão objetiváveis.

Palavras-chave: Cidade; Cidade literária; Literatura.

¹ Profesor Doctor en la Universitat de Barcelona. E-mail: ccarreras@ub.edu.

Abstract: This article is based on reflections on the relationship between city and literature over the last centuries and at universal scale. The main objective, in this case, is to try a possible urban hierarchy, from the critical to the selection of literary cities UNESCO made. First we present the case of Barcelona, the city studied by the author, to show the essence of a literary city. Subsequently it is shown that large cities, Paris, London and New York are the first literary cities from any point of view. But also some smaller cities reach this level by the quality and dissemination of their work, such as Dublin, Prague and Alexandria. The other levels of the hierarchy are difficult and complex to set up, but concludes that the complexity of views and the depth of feelings that inspire the literature form the basis of the quality that should justify any hierarchy beyond quantities, for they are objectified.

Keywords: City; Literary City; Literature.

1. INTRODUCCIÓN

En una de sus últimos libros, quizás la culminación teórica de su obra, el añorado Milton Santos reclamaba la razón y la emoción para comprender la naturaleza del espacio (SANTOS, 1996). Dando por sentado que cualquier trabajo científico debe basarse en el ejercicio de la razón, esta presentación se dirige desde ella hacia la emoción principalmente, con el fin de completar la explicación de una Geografía urbana siempre en construcción.

El autor inició sus lecturas literarias muy tempranamente dentro de los planes formativos de una enseñanza bastante memorística, pero que encajaban en una normalidad preferentemente erudita. Los grandes clásicos adaptados por la sensibilidad de una gran escritora como Maria Luz Morales (1898-1980), en la colección que dirigía de la Editorial Araluce de Barcelona, fueron un contrapunto de erudición a los libros de aventuras de Jules Verne (1828-1905) o de Emilio Salgari (1862-1911), preparando ambos el camino de la curiosidad por los clásicos de clara inspiración humanista. Gracias a esta curiosidad surgió progresivamente la emoción de la lectura por la lectura; lectura desordenada, ni siquiera intuitiva², casual, acumulativa. Algunos colores de la vieja sobria colección Austral, del verde al amarillo, pasando por el lila y el gris, y los policromados *Livres de Pêche* proporcionaban el material de base, inacabable, inagotable, imprevisto e imprevisible. Una lectura imposible creaba un vacío y una expectativa dada la dificultad de acceder a entender el inglés del James Joyce de *Ulysses*

² Un confesor claretiano, más heredero del personaje de Valle Inclán que del santo, pretendió vanamente aplicar la penitencia de dejar de leer una de las novelas de Albert Camus en formato Livre de pêche, incrédulo de esta falta de malicia y de intencionalidad.

en una edición con escasos y enigmáticos dibujos que sobresalía en la biblioteca familiar, probablemente virgen de toda lectura, pero inexplicablemente magnético³.

La sedimentación desordenada de lecturas, que tenía quizás más de oleaje moldeando una playa, que de construcción sedimentaria geológica secuencial y ordenada, con algunas directrices esporádicas e importantes, evitaría la tentación literaria del autor ante la magnitud de la acumulación. Los demasiados libros inspiran temor y respeto. Pero, con el tiempo, las lecturas fueron trazando un camino de convergencia hacia los estudios geográficos sobre todo urbanos, primero sobre la ciudad de Barcelona, y después sobre las ciudades visitadas y paseadas, conocidas y amadas, e incluso a las simplemente deseadas desde el desconocimiento, la lejanía y la mitificación. La razón se benefició así de la emoción e inconsciente llevó de nuevo a ella en una interrelación que no se quiere desvelar, que no se puede explicar.

Barcelona, primera ciudad a la que se llegó desde el mar, en tiempos oscuros y fríos, centró poco a poco toda la atención. Cuatro décadas de lecturas en castellano primero, en catalán después, y también, aunque menos, en francés y en inglés, posibilitaron un primer análisis nunca exhaustivo, pero bastante completo y convincente, que permitió alcanzar unas primeras conclusiones sobre el carácter literario de la ciudad (CARRERAS, 2003).

Paralelamente las lecturas y las visitas y trabajos de campo a otras ciudades continuaban, aunque de una forma relativamente espontánea y casual. Cursos académicos, conferencias y seminarios, trabajos con otros colegas puntuaban los avances desiguales en este campo que diez años más tarde está a punto de culminar en una nueva obra (CARRERAS, en prensa).

En este artículo se intenta presentar la síntesis de ambos esfuerzos, la sublimación de todas las emociones, algunas conclusiones de los estudios, el néctar de tantas flores. Pero el impulso inicial que llevó a escribir esta presentación no fue la reposada continuidad, sino una airada reacción a una política cultural. No se puede asistir pasivamente al triste espectáculo de la UNESCO, benemérita institución acosada por el Capital y por la geopolítica, que desarrollando el tema del patrimonio inmaterial de la Humanidad, entroncando con el discurso huero de la ciudades creativas, decidiera instaurar el título internacional de Ciudades de Literatura. Este título hasta hoy ha sido

³ La posición de los libros en las estanterías no es banal, como sabe cualquier geógrafo, o cualquier organizador de ventas de un supermercado. Las novelas de Ricardo León (1877-1943) frente a la puerta del cuarto de baño se hacían ver por sus títulos enigmáticos (*El amor de los amores*, *Alcalá de los Zegríes*) aunque desafortunadamente nunca consiguieron hacerse leer.

concedido a las ciudades de Edimburgo, en 2004, a Melbourne y a Iowa City, en 2008, a Dublín en 2010, a Reikiavik, en 2011 y a Norwich en 2012. Todas ellas son ciudades anglosajonas, seguramente por casualidad, entre las cuales Dublín parece del todo indiscutible y Edimburgo podría ser justificable; ¿pero las otras cuatro? Uno no sabe ni lo qué pensar de tamaña selección. Llama aun quizás más la atención las ciudades que no están que las que aparecen, que, al fin y al cabo, algún esfuerzo deben haber realizado para ello, de acuerdo con los criterios establecidos. Lógicamente, las primeras ciudades de una jerarquía objetiva al modo de la formulada por Walter Christaller (1893-1969), no sólo deben ser literarias, sino que son las primeras en muchos otros conceptos. Pero cuando lo que se pretende es conceder una marca turística se intenta privilegiar a ciudades que no tienen casi nada, lo que justificaría la rara selección de la UNESCO. Por ello se impone hacer una reivindicación literaria de las ciudades, independientemente de cualquier otra justificación, y es lo que aquí se presenta, mirando hacia atrás sin ira.

En primer lugar se analiza el caso de Barcelona, por razones más de investigación que patrióticas, aunque las fronteras interiores no siempre son fáciles de trazar. Seguidamente se presentan los modelos universales de ciudades, también en la Literatura. Finalmente se presentan las ciudades realmente literarias y se acaba con algunas primeras conclusiones generales.

2. UNA BARCELONA LITERARIA?

Barcelona es una ciudad mediana a escala europea y mundial, pero tiene las características de ciudad compacta mediterránea, con una larga historia de dos mil años y con una posición geopolítica que ha favorecido su internacionalización en distintos momentos. Sobre todo en la época medieval cuando llegó a organizar una red de ciudades a lo largo de las costas mediterráneas que posiblemente culminó literariamente en la larga estancia de El Quijote en Barcelona, en la segunda parte de la obra clásica de Miguel de Cervantes (1547-1616). Posteriormente, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, con el impulso de la industrialización y de los conflictos sociales que la caracterizan, la ciudad consiguió su fama internacional de ciudad roja, conflictiva, difundida por artistas como Picasso (1881-1973) y por una literatura negra no sólo local, sino sobre todo francesa y, aunque mucho menos, británica. La guerra, la dictadura y el exilio fomentaron una literatura (y no tanto un cine) neorrealista que se difundió por razones políticas en algunos países europeos y de América Latina; la

ciudad seguía siendo roja, resistente, pero vencida y amordazada por el fascismo. Centro editorial pujante acogió la diáspora intelectual de América Latina en los años setenta, que fertilizó notablemente sus cenáculos literarios, mientras la consiguiente transición política favorecía acuñar una nueva imagen de la ciudad esta vez más de color de rosa, diluido el ardor revolucionario y abierta a las nuevas corrientes de flexibilización moral y social de liberalización política, económica, cultural, social y también sexual, lógicamente.

Sobre este telón histórico, se puede zanjar ya el falso debate sobre si Barcelona tiene o no una literatura propia. A partir de las investigaciones realizadas, se presenta una selección de tan sólo seis autores que son más que suficientes para sostener por sí solos el título de una Barcelona literaria, sin reconocimiento de la UNESCO, pero con fama internacional.

Uno, el más importante quizás, el francés André Pieyre de Mandiargues (1909-1991) que ganara el premio Goncourt en 1967 con la novela barcelonesa *La Marge*. Un drama humano inexorable que encuentra en la ciudad el ambiente más eficaz para comunicarse. Representa el tradicional romanticismo francés que ve a sus peculiares vecinos del sur, dramáticos y esenciales, lo que movió también a muchos otros autores, desde Francis Carco (1886-1958) a Jean Genet (1910-1986), pasando por Henry de Montherland (1896-1972).

Otro, el británico George Orwell (1903-1950) que en 1938 publicó su tan barcelonés homenaje a Cataluña. Un elogio de la Barcelona roja que en aquellos momentos estaba haciendo su propia revolución socialista, en plena guerra y con el enfrentamiento entre comunistas y trotskistas. Orwell representaría a la generación de periodistas e intelectuales que llegaron a España a apoyar el gobierno legítimo de la república en las Brigadas Internacionales, como el norteamericano Ernest Hemingway (1899-1961) o el francés Georges Bernanos (1888-1948), para citar tan sólo algunos.

En tercer lugar, una obra ya catalana, y de una mujer, pero escrita desde el exilio, en Ginebra. Se trata de Mercè Rodoreda (1909-1983) cuya producción literaria se centra casi en su totalidad en su Barcelona que tuvo que abandonar. Una mirada nostálgica y femenina a las ilusiones de los años 1930 y a la guerra cruel y a la represión, a una ciudad que continuaba sobreviviendo, a pesar de todo.

Los otros tres autores son barceloneses que escriben en lengua castellana y que han alcanzado una excelente difusión internacional. Juan Marsé (n en 1933) es el gran retratista de la Barcelona franquista, del conflicto y de la resistencia, de la vida cotidiana

de los barrios septentrionales de la ciudad, con una larga serie de novelas, algunas de las cuales constituyen como una sola novela en volúmenes diferentes. Manolo Vázquez Montalbán (1939-2003) agudo e influyente periodista crítico que creó un personaje policíaco, el detective Pepe Carvalho, que ha difundido la Barcelona del tardofranquismo en diversas lenguas y entre distintas culturas⁴. Finalmente, Eduardo Mendoza (n en 1939) pasó de la novela policiaca urbana a la difusión internacional de la ciudad coincidiendo con sus fastos olímpicos.

Barcelona alcanza así estatus de ciudad literaria, más o menos internacional, lo que provoca que desde las últimas décadas del siglo XX se asista a un auténtico alud de novelas de ambiente barcelonés. Se trata casi siempre de novelas históricas, medievales, barrocas o contemporáneas que utilizan la ciudad simplemente como objeto de ficción, como escenario más o menos ficticio, a pesar del aparente aparato erudito que puedan tener algunas obras. Se puede hablar así de una Barcelona postzafoniana⁵ sobre la que muchos, sobre todo locales, se atreven a escribir, buscando el éxito de ventas y olvidando el rumbo de la ciudad real y especialmente el de sus ciudadanos.

3. HISTORIA DE DOS CIUDADES

Se quiere parafrasear con este título la famosa novela de Charles Dickens (1812-1870), publicada en 1859, que narra las peripecias de algunos revolucionarios franceses exiliados en Londres, no tanto por la oportuna coincidencia del título, sino especialmente por el papel pionero del autor en la literatura urbana mundial. O por ambas cosas al mismo tiempo⁶.

Se trata de destacar que ambas capitales europeas, París y Londres, se convirtieron durante el siglo XIX en los modelos urbanos por excelencia para muchas ciudades en todo el mundo que querían modernizarse. Como el siglo XIX fue el siglo de la novela, ésta tuvo un papel fundamental en la difusión internacional de ambos modelos. No se trata tan sólo de la famosa reforma del barón de Haussmann y los cantados bulevares parisinos, ni del nuevo Londres central surgido a raíz de la reconstrucción del centro histórico tras el devastador incendio de 1666. Se trata

⁴ El mejor testimonio de la difusión internacional de Manolo Vázquez y de sus personajes quizás sea el hecho de que el prolífico escritor siciliano Andrea Camilleri (n en 1925) haya dado su nombre al protagonista de sus novelas: Montalbano.

⁵ Se hace alusión a la importancia, al menos comercial, de las primeras novelas de Carlos Ruiz Zafón (n. en 1964) que han abierto el camino a muchos otros autores (Carreras, 2013).

⁶ Como se ha indicado en otro lugar la paráfrasis no es original, sino que es utilizada por Franco Moretti en su famoso atlas, mostrando los lugares literarios de ambas ciudades en unos detallados e interesantes planos (Moretti, 1998)

esencialmente de la vitalidad económica, social y política de ambas metrópolis que las hacía atractivas y difusoras del nuevo modo de producción al mismo tiempo y a escala mundial.

París tuvo sus revoluciones periódicas, su plan de urbanismo, sus leyes de expropiación forzosa, su centralidad política interna y colonial desde el siglo XVII. Londres, en cambio, sin grandes alharacas, encabezó la revolución industrial y el nuevo sistema capitalista en torno a su bolsa de valores, fundada en 1801, y organizando su gran imperio colonial a partir de finales de la primera mitad del siglo XIX. La capitalidad literaria de ambas metrópolis se asienta en más de un siglo de creación de primera magnitud que florece entre la tercera década del siglo XIX y la cuarta del siglo XX, con importantes antecedentes y con continuidad posterior lógicamente. La hipótesis subyacente al establecimiento de este período es que la novela es un hecho urbano que coincide con la eclosión de la ciudad capitalista, mientras que en las narraciones literarias anteriores destacaban los autores y sus lugares. La producción literaria es tan grande cuantitativa y cualitativamente y su difusión internacional tan importante que la selección resulta aún más arbitraria si cabe que la que se ha realizado para el caso de Barcelona. Se han seleccionado en cada caso tan sólo cuatro grandes autores que se consideran significativos sobre todo por motivos urbanos diversos.

Tal vez cegados por la proximidad latina y románica, París destaca de forma especial. La ciudad durante el siglo XIX creó lo que hoy podría denominarse como el primer máster internacional de bohemia y de creación artística, que fue cursado, en ocasiones dramáticamente, por todo tipo de artistas de casi todo el mundo. Las luces que proporcionaron el eslogan publicitario a la ciudad no fueron tan sólo las de gas o las eléctricas, sino que fueron especialmente las de la razón y la creación en todos los campos. Todas las musas de la Grecia clásica se concentraron en París y nuevas artes, como la fotografía o el cine, se añadieron a ellas.

Merece ser destacado, en primer lugar, el escritor Victor Hugo (1802-1885), especialmente por su novela de 1831, *Notre-Dame de Paris*. Más allá de la trama argumental, la obra constituye un auténtico manifiesto a favor del trazado medieval de la ciudad, que se simboliza en su famosa catedral gótica, publicado veinte años antes del inicio de su destrucción por la aplicación del plan del barón de Hausmann (1809-1891). Se prefigura el debate sobre la conservación del patrimonio poniendo el énfasis en los ambientes y conjuntos más que en los monumentos aislados. La novela combina con habilidad las distintas visiones de la ciudad desde el subsuelo y desde los tejados, donde

se refugian los protagonistas, con la del nivel de suelo donde se desarrolla la cotidianeidad histórica.

Honoré de Balzac (1799-1850) era tres años mayor que Hugo e inició un poco antes la publicación de lo que será su gran obra *La comédie humaine*, desde 1829 hasta el mismo año de su muerte, que comprende 137 obras, de las cuales noventa y cinco son novelas. Su afán de dar cuenta de la sociedad contemporánea, con el sentido histórico de las transformaciones que estaba protagonizando, le llevó a declarar en la introducción que pretendía hacer la competencia al mismo registro civil, como testimonio objetivo de la realidad. Consciente o inconscientemente, Balzac escribe como por entregas la gran novela de París en los momentos más creativos⁷ de su historia, de los nuevos ciudadanos.

El impacto de esta obra fue extraordinario y podría afirmarse que marca el estilo de la novela parisina. Por un lado, Émile Zola (1840-1902), personaje clave de la vida intelectual y política francesa de la segunda mitad del siglo XIX, prosigue de algún modo la obra de Balzac en su saga *Les Rougon-Macquart*, publicada en veinte volúmenes entre 1871 y 1893. Por otro lado, Marcel Proust (1871-1922) continuaría la tradición con su *À la recherche du temps perdu*, publicada en siete tomos entre 1913 y 1927, que recoge la vida parisina ya en pleno siglo XX y durante la Primera Guerra Mundial. La evolución de los estilos literarios corre paralela a la evolución social francesa y a la de la ciudad que de las convulsiones revolucionarias periódicas se ha transformado en una ciudad capitalista y capital del primer estado-nación y de la modernidad entera; del siglo XIX como la definiera Walter Benjamin (1892-1940).

Al otro lado del canal de la Mancha, pero mucho más lejos⁸, la metrópolis londinense tuvo en el ya citado Charles Dickens el narrador de los aspectos sociales del desarrollo de la revolución industrial, desde su *Oliver Twist* de 1837-39 a las *Great Expectations* de 1860-61, pasando por su famoso ciclo navideño o la inquietante *Bleak House*, de 1852-53. Novelas también urbanas porque las publicaba mensualmente en periódicos para un público urbano que crecía con las ciudades.

Londinense es también una literatura de ladrones y policías, de crímenes y ambientes lúgubres que encontraba en la persistente niebla industrial de la ciudad su atmosfera ideal. El primero fue Arthur Conan Doyle (1859-1930) con su *A study in*

⁷ Es necesario reflexionar más y más profundamente sobre este tema, siguiendo las aportaciones resumidas por Harvey en su completo estudio sobre París, cuando tanto se habla hoy de creatividad, de ciudades y clases creativas, con más discursos que recurso (Harvey, 2003).

⁸ Ni el túnel inaugurado en 1994 ha podido acercar en realidad las dos metrópolis europeas aún.

scarlet, de 1887, en el que crea su famoso personaje, el detective Sherlock Holmes, que aún hoy es objeto de versiones diversas. Este tipo de novela ha tenido continuidad en la llamada literatura negra, mayoritariamente urbana y con especificidades nacionales y culturales muy marcadas. Como producto del desarrollo tecnológico y científico británico y, quizás, como escape de la contaminación industrial también, surgió en Londres un nuevo tipo de literatura utópica, la ciencia-ficción. Así, en la producción de Herbert George Wells (1866-1946) destaca *The War of the Worlds*, de 1898, que presenta una invasión marciana en Londres en 1904, que ha tenido numerosas secuelas en diversos formatos.

Finalmente, una mujer del famoso grupo de Bloomsbury, Virginia Woolf (1882-1941) podría suponer de algún modo la culminación de la literatura londinense. Cabe destacar especialmente su novela de 1925 *Mrs Dalloway*, que narra un solo día en la vida de esta mujer en el Londres de entreguerras; un radiante día de junio en el que se muestra la diversidad y complejidad de la vida metropolitana.

4. LA TRAVESÍA DEL ATLÁNTICO

En abril de 1912 se hundía el famoso trasatlántico Titanic en su travesía inaugural; era una especie de presagio de que el predominio tecnológico y económico del siglo XX vendría de poniente y ya no de las dos grandes metrópolis europeas. Como documentó en su tesis doctoral publicada en 1983 el crítico francés de arte Serge Guilbaut (n en 1943), profesor en la Universidad de Chicago, Nueva York acabó robando la capitalidad del arte moderno a París.

No sin destacados antecedentes, ya en 1925 se inicia la trayectoria literaria de Nueva York que ha sido difundida y multiplicada por el cine, arte europeo que también se nacionalizó pronto norteamericano, sobre todo en Los Angeles. John Dos Passos (1896-1970), seguidor de James Joyce, publicó en aquel mismo año de 1925 su famosa *Manhattan transfer*, tan sólo tres años después de la primera edición del *Ulysses*. En el mismo año Francis Scott Fitzgerald (1896-1940) publicaba también *The Great Gatsby*. Dos autores coetáneos, dos novelas simbólicas sobre la misma ciudad, dos mundos distintos, de los problemas de los inmigrantes al mundo del éxito económico y social durante los años de la llamada *Belle époque*. En esta época precisamente realizó su estancia en Nueva York el malogrado poeta español Federico García Lorca (1898-1936) que dejó una serie de poemas mecanoscritos y manuscritos dedicados a la ciudad, y también a La Habana, que fueron publicados por primera vez en México, en 1940, con

el título de *Poeta en Nueva York*. La obra resulta de todo punto impresionante, tanto por sus características formales de vanguardia artística, como por su contenido conceptual y urbano que sabe captar el asombro del poeta andaluz frente a la gran metrópolis y que convierte la estadística, cualquier tipo de estadística, en vena poética de calidad y de enorme valor descriptivo y sobre todo explicativo.

En 1952 se instalaba junto al East River la sede de la recién creada Organización de las Naciones Unidas, con lo que la ciudad consolidaba su capitalidad mundial. Pero las dimensiones de la metrópolis quizás expliquen una literatura más local que global que las visiones exteriores podrían hacer pensar. En 1958, Truman Capote (1924-1984) publicó su más brillante novela *Breakfast at Tiffany's* sobre las dificultades de triunfar en la ciudad, mientras que, para completar los cuatro autores, entre 1985 y 1986 Paul Auster (n en 1947) publica su *The New York trilogy*, ficticias historias de detectives y escritores de segunda fila encerrados en sus apartamentos, como fantasmas incomunicados en una ciudad de cristal, muy lejos de la compleja ciudad de cuarzo de Mike Davis (n en 1946), a orillas del Pacífico.

5. LAS CIUDADES LITERARIAS

Las tres metrópolis mundiales, París, Londres y Nueva York, globales con el permiso de Saskia Sassen (n en 1949), unen a su grosor geopolítico histórico y contemporáneo el liderazgo de la creatividad también literaria, ocupando un primer nivel de cualquier jerarquía urbana, más allá de las cifras de habitantes o de la conectividad de sus aeropuertos. Como no podía ser de otra forma, cantidad y calidad avalan esta preeminencia.

Pero otras ciudades, independientemente de la geopolítica y de la geoeconomía, ocupan también este primer nivel por la calidad de sus narradores y por la difusión internacional de sus obras. La primera en el tiempo y en el espacio es sin duda Dublín, la capital de Irlanda y ello a causa sobre todo de James Joyce (1882-1941) y especialmente de su *Ulysses*, publicada en 1922. Una Irlanda aún colonizada por los ingleses en cuyo idioma reelaborado Joyce desentrañaría la vida urbana del siglo XX, representada en una pequeña ciudad provincial y en unos personajes relativamente secundarios. Dublín es retratado así desde el exilio voluntario del autor ayudando la exterioridad del punto de vista a la interioridad de la descripción, de la explicación. Se parodia el periplo mediterráneo de Odiseo en el paseo dublinés de Leopold Bloom, un

ciudadano insignificante durante todo el día 16 de junio de 1904. Un día que cambió la literatura mundial, mostrando la importancia de la escala para el análisis de cualquier problema.

Trieste no ocupa esta categoría, pero la ciudad situada en los confines de Italia, Austria y Eslovenia, fue refugio de James Joyce, quien impartía clases de lengua inglesa en la academia Berlitz de la ciudad. Uno de sus alumnos intimó con él, Aron Hector Schmitz (1861-1928), quien le habría inspirado algunos rasgos de Bloom. Schmitz, con el pseudónimo de Italo Svevo, publicó en 1923, sólo un año después del *Ulysses*, la obra *La coscienza di Zeno*, que continúa la huella del irlandés, aunque con algunas pinceladas de Sigmund Freud (1856-1939). Trieste, pues, tras las huellas de Dublín, pequeñas ciudades con joyas literarias.

No muy lejos de Trieste, la checa Praga es una de las grandes ciudades históricas europeas, aun bien conservada en sus espléndidos monumentos barrocos. Una ciudad algo enigmática, que no ha sido literariamente narrada de forma directa, pero que merece ocupar un lugar también en el primer nivel de una jerarquía literaria. Porque la ciudad late en el trasfondo de las obras de Franz Kafka (1883-1924), escritas en alemán, que no en checo. Como la mole de su catedral que parece albergar las peripecias de una de sus grandes novelas paradigma del mundo contemporáneo, *Der process*, publicada en 1925. Como late como escenario del inicio de la transición política en la obra de Milan Kundera (n en 1929), especialmente en su famosa *Nesnesitelná lehkost bytí*, publicada en 1984 en Francia, país en el que reside desde 1975 y en cuya lengua acaba escribiendo. Como un ferviente amor por Praga se desarrolla en la obra histórica del joven escritor francés Laurent Binet (n en 1972) *HHhH*, publicada y premiada en 2010. Dos checos y un francés que escriben sobre la ciudad en otras lenguas, una exterioridad que no limita el papel y la importancia literaria de la ciudad.

Fuera de Europa, aunque con densos lazos con ella, hay que destacar la ciudad egipcia de Alejandría que debe ocupar por derecho propio también un lugar en este primer nivel jerárquico. Por un lado, el poeta heleno pero alejandrino, Konstatinos Cavafis (1863-1933) que con sus poemas descubiertos tardíamente revive el mundo panhelénico desde la otra orilla del Mediterráneo con una enorme sensibilidad que contrasta con su papel cotidiano de funcionario de la bolsa. Por otro lado, el escritor británico expatriado Lawrence Durrell (1912-1990) llevó la ciudad a este lugar, al menos en el mundo anglosajón, con su *The Alexandria Quartet*, cuyos cuatro volúmenes (*Justine*, *Balthazar*, *Mountolive* y *Clea*) se publicaron entre 1957 y 1960.

Una historia y unos personajes reiterados y distintos en cada libro que dan una visión de la multiculturalidad de la ciudad en los años de la Segunda Guerra Mundial. Una tetralogía que pronto encontró respuesta en un autor local, Ibrahim Abdel Meguid (n en 1946) quien publicó en 1966 y en lengua árabe otra versión de la Alejandría durante la guerra con el expresivo título *No One Sleeps in Alexandria*, con lo que se puede contraponer en este caso interioridad y exterioridad.

6. PARA CONCLUIR PERO NO TERMINAR

Se ha dicho, se dice y se dirá tanto sobre la literatura y desde tantos puntos de vista distintos, que resulta difícil alcanzar cualquier tipo de conclusión. Se ha tratado de Literatura, de algunas obras literarias, de pocos autores y desde el punto de vista de la Geografía, no de la crítica literaria. El geógrafo se emociona al leer las ciudades en los libros, como se emociona al visitar una ciudad y ambas emociones se retroalimentan para empujar al conocimiento de la vida de los ciudadanos, de su historia, de sus pretensiones, de sus luchas y de sus conflictos, de sus temores y de sus ilusiones. Por tanto, lo que aquí se ha presentado no pretende objetividad alguna y sólo busca afirmar la subjetividad emocionada del autor

En segundo lugar, hay que destacar que existe mucha literatura urbana y que muchas ciudades tienen una o muchas novelas, una o muchas narraciones, como se ha visto en el caso de Barcelona, quizás mucho más que Barcelona. Son incontables las literaturas urbanas de todo tipo. Como incontables son las ciudades conocidas y visitadas sobre las que se ha leído, siempre demasiado poco. Como incontables son las ciudades que no se ha conocido ni visitado aún, sobre alguna de las cuales quizás se ha leído algo. Entre las primeras podría citarse los casos de San Petersburgo o de Roma, de Madrid o de Nápoles, de Lisboa o de Venecia, de Milán o de Sarajevo, de Sao Paulo o de Rio de Janeiro, de La Habana o de Shanghái⁹. Entre las segundas Brujas o Lima, Buenos Aires o Chicago. Por ello nunca se ha buscado la exhaustividad que si siempre es difícil, en este caso es del todo imposible e inútil, habiéndose tan sólo presentado una selección que tiene tanto de subjetivo, como a menudo de casual.

Se ha dicho que la novela debe contar una historia, una buena historia. La bondad de la obra se suele medir por la capacidad de atracción que la lectura despierta. La calidad se suele medir por la capacidad que una obra tiene de ser leída y releída, siempre como una obra nueva. En este trabajo se trataba sobre todo de entender la

⁹ La mayoría de estas ciudades son analizadas en la citada obra (Carreras, 2013).

ciudad y sus ciudadanos, a ser posible, a través de visiones interiores y exteriores. Las narraciones urbanas que se han seleccionado no intentaban tan sólo explicar un caso, las primeras ciudades de la jerarquía cualitativa que se ha pretendido establecer, sino que se buscaba una presentación, una explicación del caso concreto que sirviera para explicar muchas otras ciudades, todas las ciudades. En este sentido, podría afirmarse que estas primeras ciudades literarias constituyen verdaderos modelos culturales de la ciudad de la modernidad capitalista que hoy ha ocupado la Tierra entera. Modelos que inspiran, por activa y por pasiva, a casi todas las demás ciudades.

Como la literatura expresa los sentimientos de sus autores, en esta aproximación a una Geografía de las emociones se ha podido explorar, de algún modo, la diversidad cultural que late en las literaturas diversas. Diversidad que aflora en la lengua escogida por el autor para crear su obra y que lleva a la imposible pero vehemente recomendación de leer las novelas en su lengua original, siempre que sea posible, o, al menos, a buscar buenas traducciones. Diversidad que aparece en los enfoques y en los puntos de vista, en las escalas temporales y espaciales en los que es descrita y presentada cada ciudad. Se destacan los tiempos lentos, en general de la novela europea, especialmente de la eslava, con la prolijidad de las descripciones de personajes y de lugares, frente a los tiempos rápidos de la novela americana que suele poner el énfasis en las acciones. Se destaca también la importancia de los exilios, forzados o voluntarios, en la recreación de los lugares de origen o de residencia más o menos temporal; estos permiten unir interioridad y exterioridad en la narración.

Profundizando en las emociones y en los sentimientos, también se constata como el sufrimiento humano resulta una gran fuerza inspiradora de literaturas. Las relaciones de los autores y de sus personajes con sus ciudades son complejas e intensas, incluso contradictorias. Se puede constatar la enorme capacidad de seducción que las ciudades son capaces de llegar a ejercer sobre sus ciudadanos y sobre sus visitantes, turistas o estudiosos. Como se constata el rechazo y el exilio voluntario que no acaba nunca con la atracción del origen.

Para concluir con una apreciación personal en torno a este tema del sufrimiento, hay que destacar la enorme importancia que en la creación literaria europea ha tenido la guerra, especialmente las dos grandes guerras europeas, devenidas más o menos mundiales. La brutalidad, la destrucción, los muertos y los desplazados, el miedo y la miseria han llevado a muchos autores vivir varias vidas, a incorporar distintos puntos de vista, a desarrollar una profundidad de pensamiento y una complejidad de sentimientos

que les permite mostrar las distintas facetas de una misma realidad. La guerra se dibuja de alguna forma así como gran cicatriz literaria y humana en Europa, a través de la cual se pueden abrir nuevas vías de organización social y territorial. Las emociones esenciales que la guerra obliga a desplegar ayudan a comprender el fondo de las cosas y de las personas, ayudan a relativizar el tiempo y sus grandes etapas, ayudan a encontrar un lenguaje que habla del corazón de los escritores al corazón de sus lectores.

7. REFERÊNCIAS¹⁰

CARRERAS, C. *La Barcelona literaria*. Barcelona: Proa, 2003.

CARRERAS, C. *La ciudad en la Literatura: un análisis geográfico de la literatura urbana*. Lleida: Milenio, 2013.

DAVIS, M. *The City of Quartz*. London: Verso, 1990.

GUILBAUT, S. *How New York Stole the Idea of Modern Art*. Chicago: University of Chicago Press, 1983.

HARVEY, D. *Paris capital of Modernity*. London: Oxford University Press, 2003.

MORETTI, F. *Atlas of the European Novel. 1800-1900*. London: Verso, 1998 [primera edición italiana de 1997].

SANTOS, M. *A natureza do espaço*. São Paulo: Hucitec, 1996.

Recebido em 12/08/2017.

Aceito em 05/10/2017.

Publicado em 02/01/2018.

¹⁰ No se repertorian las obras literarias citadas dado el gran número de versiones, traducciones y ediciones que pueden encontrarse de cada una de ellas.